

Mar de los chilenos

AL AMPARO de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé, o cuadras parchadas del Maule, he cruzado tu selvaje soledad, mar de los chilenos, y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.

Mar de Chile, inmenso y virgen, que no hendieron griegos mascarones, ni supo de velas de púrpura ni de gavieros expertos, sino de balsas de cuero o trenzadas velas de totora, pero bebió el alma multisonora de los vientos primitivos.

Piraguas de centenarios troncos, rápidos bongos de las islas o canoas de cuero de los mares australes, fluctuantes como el pensamiento de sus pilotos, rompieron tus olas, huyendo del trueno, bajo la cabalgata de las nubes y vientos de aventura, desde el otro extremo del mundo, empujaron las velas rapaces de los piratas de Inglaterra y Holanda, trágicamente incorporados a la leyenda del mar chileno.

Mar del Norte, hijo del sol, cuya verde entraña se torna nieve espumosa al romperse en los grises acantilados, muro del desierto ubérrimo. Mar rayado por el vuelo negro de los yecos y el pestañeo de las garumas y roto por la daga de las albacoras.

Mar del centro de Chile, blanco de gaviotas hirviente de congrios atigrados, de robalos de plata y cabinzas de ojos sajones. Mar de los viejos pescadores coloniales, ingenuos y supersticiosos.

Mar amigo de la cordillera que baja en las venas de sus ríos, empapados de altura, a teñir el verdor de las olas de azules transparencias.

¡Mar del Maule, destrozado como un cristal en las aristas de las peñas, forradas de algas, erizadas de moluscos como cascos muertos!

Del corazón de tus cerros bravíos, tierra hecha piedra, bajan las rodas de roble en carretas minúsculas, y sobre ellas, el serrano mudo, piedra hecha carne, vuelto marino ante el estupor del mar nunca soñado, heroico en la caña que acaba de empuñar, como en la manquera de sus viejos arados de hualle.

Mar de Chiloé, extraviado entre islotes de esmeralda, espejo ávido de las selvas oscuras, de los verdeantes papales y de los villorios grises, sumisos en torno a un campanario de madera. Mar amado del gran mar que en violentas crecientes, tarde y mañana, derrama su sangre salobre en la pasiva quietud de los canales.

Una mortaja de nieblas espesas arrebujada en los inviernos los cerros ateridos y las aguas muertas, donde navega el Caleuche, hinchadas de aire las velas espectrales y su casco acribillado de luces: allí la imaginación del chilote, niebla y estupor, inmortalizó a los ahogados, a los piratas vencidos, a todos los que murieron en lucha con el mar.

Lanza de oro, el sol quiebra en los estíos tu cristal hecho ascuas y va a teñir, empapado en sangre de auroras o en púrpura de arreboles, la coraza de las centollas, dormidas en la penumbra del remanso submarino.

La paleta de ciprés del huilliche partió, en lejanas edades, tu espejo dormido, ebrio de cielo y era en manos del indio de las islas, la aleta de un lobo de mar; hoy vela ávida de viento y la caña triunfadora.

¡Maulinos y chilotes, marineros del mar chileno, duros como los cerros y ágiles como las olas, vuestras es el ala del viento y vuestra el alma del mar!

Mares del sur, blanqueados por la nieve de antárticos plenilunios, mares de frías corrientes, ceñidos de ventisqueros y de islas, por donde cruzan a la deriva témpanos errantes, trozos del polo, y donde asoman su lomo las ballenas, pedazos de continente.

Mar de los alacalufes y de los lobos bramadores, cuna de los vientos del polo que rompen el vuelo vencedor de los albatros y obligan al pingüino rey, inmovilizado en el hueco de las peñas, a apretar su huevo gris, en un trágico gesto de defensa, contra su pecho de seda, envoltura tibia de su corazón.

Al amparo de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuabras parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos y he bebido tu hálito sali-

no, hermano del puelche de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.*

**Puerto mayor seguido de chilenos del mar*. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1945. Págs. 15-17.

Elogio del Maule

Un amigo trashumante, conocedor de Chile y de las características de hombres y de tierras, me dijo en cierta ocasión:

—¿Se ha fijado usted que la provincia del Maule repite en pequeño la configuración de Chile y es casi como un Chile en miniatura?

Respondí que no había reparado en la analogía, pero algún tiempo después, al recorrer a caballo y en auto casi todos los cerros y valles de la tierra natal, comprobé la exactitud de la observación de mi amigo.

Desde luego, una larga costa cierra con un muro de rocas y de olas los pequeños valles y las planicies abiertas, y otro muro de cerros y colinas separa al Maule del fértil verdor del Valle Central.

Es como una gran cordillera que empezara a desmoronarse.

En sus quebradas, tajos profundos de la piedra, de vertientes misteriosas nacen ríos y arroyos que se apagan en los veranos y agonizan, entonces, entre lamas podridas y lodo endurecido, si no muestran al sol las piedras resacas de su cauce, y las lagartijas brillan a la luz donde antes los bagres y pejerreyes rompían con sus aletas el sueño del remanso.

El curso de estos ríos y esteros, que riegan y fertilizan pequeños cajones, es lento y poético.

De entre los riscos abruptos, vestidos de canelos y pataguas, se despeñan bullidores. Se aquietan pronto en la paz de las vegas, bajo el cortinaje de viejos sauces y olorosos culenes, y llegan a la playa, abriéndose camino en la arena oscura del mar que, juguetón y obstinado, ensancha sus bocas y convierte el arroyo en una laguna pintoresca, que engastan las totoras con su cerca de lanzas verdinegras.

El agua clara de los cerros, unida al agua salobre, determina un medio propicio, en que viven y prosperan las lisas de blanca fibra, las sabrosas truchas y la ágil y plateada escuadra de los pejerreyes, aguzados como puñales.

Y la garza aristocrática, y el flamenco multicolor y la tagüita obscura, si no es la teoría blanca de las gaviotas y los caulles, animan con sus vuelos de pesca y sus agrios chillidos el sueño azul del pequeño estuario.

La cordillera costeaña no fue, a la llegada de los españoles, el estéril amontonamiento de cerros, cortados por vegas y vallecitos fértiles de hoy.

Una selva tupida y verdinegra vistió de redondeadas lomas, los puntiagudos cerros y desbordó de follaje en las quebradas.

Rey de esa selva era el recio roble maulino, a quien el negro terrón dio casi consistencia de acero.

No era un brazo liso y erguido como el de los pellines de la selva austral, sino el brazo y la mano de musculosos gajos, y esta conformación, dada por la tierra misma, permitió a los calafates de los primeros astilleros, instalados por los jesuitas en la boca del Maule, labrar las rodas y codastes de los bergantines y goletas que llevaron los productos de la tierra a las costas lejanas del Perú y del Ecuador.

Y junto al roble valioso, el alto coigüe de copa plateada y los boldos y espinos que, hechos carbón, transportaron las pequeñas carretas serranas a los pueblos nacidos en la costa.

En esta selva, donde el hacha incansable del encomendero derribó los árboles más excelsos, se cuajó el copihue, alma de la selva hecha flor.

Rojo, como un fragmento de aurora enredado entre las hojarasca; rosa, como un arrebol que la escarcha hubiera endurecido, o de un blancor de luna, ligeramente tocado de oro, o de una palidez exangüe, rayada de leves venas violetas.

Caseríos y aldeas, pueblos y ciudades, toda la vida del Maule nació de estas lejanas explotaciones coloniales, a las cuales el oro descubierto en quebradas y esteros prestó durante un tiempo un ficticio fulgor legendario y aventurero.

Durante siglos, indios y mestizos de las encomiendas del Corregimiento de Maule

lavarón, en primitivas callanas de madera, el polvo de oro, mezclado a las arenas, o las pepitas, escondidas en los alvéolos de la piedra cuarzosa.

* * *

El maule no fue heroico en la conquista ni rebelde en el coloniaje.

Semejante a los huilliches de Chiloé, los indios de la costa fueron amigos de los españoles.

Sin embargo, el cronista Ovalle habla de unos indios ribereños, astutos y andadores, que Lautaro incorporó como guías de las masas de indios que saquearon a Concepción e iban a la conquista de Santiago por las serranías de la costa.

Usaban estos indios de Nirivilo y de Mingre, como lo explican sus nombres mapuches, cueros de culebras o colas de zorros, a guisa de distintivos de su carácter y aficiones cazadoras, y esto acusa ya una astucia innata, la misma que distinguirá más tarde al campesino del Maule, su heredero natural.

Se plasmó el tipo mestizo de los cerros con el predominio del antecesor español en la regularidad de los rasgos fisonómicos y la verde clara luz de las pupilas, pero el abuelo indígena escondió su cabeza de zorro en lo más hondo de su naturaleza, como en una caverna inaccesible.

En los claros abiertos en la selva nació una prodigiosa vida agrícola.

Trigales de macolladas espigas, viñedos pesados de jugosa uva, y al roble y al coigüe, en las cercanías de los ranchos y en las huertas de las aldeas, les sucedieron los perales de bronceadas pomos y las cápsulas, rebosantes de almíbar, de higueras y duraznos.

Y los pastizales exuberantes crecieron entre los troncos derribados, espesa alfombra de hierbas indígenas que hizo vivir a las vacadas ariscas, y a los ágiles venados, y a los pumas y a los zorros, sus enemigos seculares.

* * *

Famosos fueron los trigos de la costa de Chile, y los cereales de las vegas y los mostos substanciosos, restregados en tradicionales zarandas de coligüe.

A California, primero, y al Perú, más tarde, los veleros de la casa Serdic, antecesora española de Williamson y Grace, los embar-

caron en los puertos creados por los armadores gallegos en la costa chilena.

San Antonio, Matanzas, Constitución, Curanipe y Buchupureo, donde aún quedan los muelles, destruidos por el mar, y las bodegas, de recia viguetería de pellín maulino, transformadas en casas de verano.

Y luego, la decadencia.

La tierra, adelgazada por las lluvias que arrastraron al fondo de los valles el fecundo migajón de las planicies, partidas a menudo por barrancos de greda color de sangre, y la selva dominadora, reducida por el hacha incansable a miserables renuevos, donde ni los zorrales ni las tencas encuentran los modestos granos de su alimentación.

La agonía de las aldeas despobladas, antes hirvientes de huasos reidores y de carretas, cargadas de madera, trigo o maíz, y la muerte de los pueblos, Buchupureo y Curanipe, donde resonó el martillo del calafate, y en el oleaje, empenachado de espuma, se balanceó el vientre de las goletas y lanchones.

Sin embargo, en las tierras negras de la costa, fecundadas por el hálito de las mareas, la lenteja alza entre los húmedos terrones su espiga modesta, y en la época de las trillas, de los grandes montones de hierbas secas, surge el disco minúsculo del grano, tan valioso como la pepita de oro de los lavaderos.

Y ajeno a la agonía de la tierra, el mar deshace sus moles de agua en las rocas donde el lobo marino, incansable pescador, aúlla sus amores bárbaros, y la corvina y la sierra rompen, con la flecha viscosa de sus cuerpos, el desorden de las mareas, en persecución del banco de sardinas que va a estrellarse contra la costa, decorando, a veces, con una orla de plata viva la negra medialuna de la playa.

* * *

La paulatina restricción del medio acentuó en el campesino del Maule la astucia heredada y la hizo su única defensa biológica.

Ante la miseria y ante el crimen, la cabeza de zorro del maulino asomó sus ojos zahareños y sus orejas movibles, siempre en acecho de todo rumor sospechoso.

Como las chillas y culpeos, únicos sobrevivientes de la fauna de la antigua selva, los campesinos hicieron de la pobreza casi una norma de vida, y el ulpo o el chercán

fueron su alimento habitual, sin el mimgaco no les daba en la trilla o en la cava de la viña, la cazuela común, o el hambre real y trágica de los inviernos no los impulsaba a carnear la oveja o la vaquilla del rebaño del patrón, sin miedo alguno al castigo cruel que podía sobrevenir.

Y el hambre sistemática engendra, incluso, una filosofía, diametralmente opuesta a la del huaso campechano del Valle Central, alegre y ahíto.

Un visitante de la ciudad se admira al oír a un serrano explicarle el número de mujeres, hombres y niños que viven en un pañizuelo de cerros, no más grande que la plaza de un pueblo maulino.

Y el serrano contesta, sonriéndose:

—Más pequeño es el Cementerio y caben muchos.

Filosofía de resignación que caracteriza a la mayoría de los campesinos que se han quedado en los cerros, sujetos a la tierra estéril como los escasos robles en las escarpas de las lomas o en sus cuevas inaccesibles los zorros y culpeos.

Pero no todos los habitantes de la Cordillera de la Costa se han amoldado a la miseria trágica de esta vida.

Muchos emigraron, y al salir de la tierra, su personalidad se desarrolló en forma inesperada.

De ellos, en épocas propicias, se formaron los guanayes de las lanchas planas que, con su vela cuadra, inflada de sur o de norte, rompían el agua correntosa del Loncomilla y del Maule, el ancho cuenco del casco repleto de sacos de harina o de pipas del mosto ribereño o de veraneantes bulliciosos que en primitivos carruajes venían de Talca y se embarcaban en Perales hacia las playas maulinas.

En el hervor de las correntadas, la lancha plana suele atascarse en las redondas piedras del río, aunque la enorme vela, doblando el mástil de hualle, se llene de aire a punto de reventar.

Los guanayes cogen entonces el cable, sujeto a la proa. Se hunde la cuerda, al recio tirón, en el hombro de bronce del guanay, y afirmando los pies endurecidos en la arena gredosa de la orilla, al compás de un sordo ululato, la pesada barcaza vuelve a ponerse a flote.

El campesino de las tierras secas, hijo del huanahue colonial, se hizo hombre de mar, manejando la espadilla, los grandes remos o las elementales escotas de la vela cuadra, chasqueante al viento, encajonado entre ce-

rrros, mullidos de selva, como las húmedas camisas de tocuyo en los remadores.

De la lancha plana fluvial al lanchón marinerero, repleto de rodela de espino o de hualle o de sacos de carbón de los cerros que, salvando en un instante afortunado el torbellino de la barra, iban hacia el norte de Chile o al sur del Perú, no había sino un paso, y otro, a la goleta o al bergantín o al vapor de cabotaje.

El maulino, descontento de su vida, se hizo marinerero, si el azar, en un veleidoso golpe de ola, no lo arrojó a la vida peligrosa, y en las quebradas de la Cordillera de la Costa o en los llanos fértiles del Valle Central, durante un siglo, asaltó las casas de los fundos o arrió el ganado de los potreros, sembrando el terror en el aislamiento de los campos, apenas guardados en aquellos tiempos por bisonios policías rurales.

Paulino Díaz, el Cenizo, amigo y maestro de Neira, célebre entre los cerrillanos de Teno; el Ralo, caballeresco y generoso, como Diego Corrientes; el sanguinario Campino y Domingo Persona, huaso atildado y astuto de los últimos años, dieron material inagotable al corrido y a la conseja popular, *mester de bandolería*, tan rico de aventuras y colorido en el folklore maulino.

Hay en el Maule, y esto lo desconocen los chilenos del resto de Chile, una raíz poética, original y profunda.

La tierra hosca ha comunicado al maulino su angustiosa desolación. Un pasado abundante y un presente pobre engendran una reacción rebelde y oscura.

Reacción que estalla en áspero grito de protesta, ulular de guanay tirando la lancha plana, o rugido de bandolero en el salteo o alegría animal en la trilla, plena de gritos bravíos y de chasquidos de rebenque en las grupas sudorosas de las yeguas trilladoras.

Ni en el Norte místico, ni en el académico Santiago ni en la tendencia épica del Sur, encontramos esta nota elegiaca que la tierra maulina ha dado a sus intérpretes, los populares y los letrados.

En el pasado colonial del Maule aparece la trágica figura del pallador Taguada, el *tordo maulino*, como lo llama su vencedor el joven Javier de la Rosa.

Ha emigrado del Maule con una veta de oro poético en su cabeza oscura de mestizo.

A todos los palladores de Chile los ha

vencido su gracia oportuna y su abundancia verbal.

*Yo soy Taguada, el maulino,
famoso en el mar y en tierra,
en el Huasco y en Coquimbo,
en el Fuerte y Ciudadela.*

¶ Pero es derrotado inesperadamente por uno de esos patrones campesinos impregnados del alma y del lenguaje populares, tan frecuentes en la vida colonial de Chile, don Javier de la Rosa; y Taguada no sobrevive a su derrota.

¶ Calladamente se desliza de la fonda donde ha muerto su reputación de pallador. Es el atardecer. Una colina obscura se perfila contra el cielo, punteado de estrellas.

¶ De improviso, se dobla como un viejo boldo o un espino del cerro tronchado por la furia del norte o el golpe del surazo costeño.

¶ Silenciosamente, se ha abierto el vientre con su corvo puntiagudo.

¶ En los corridos que se recitan en la Pascua, o en la alegría de la trilla o de la vendimia, o en la tonada, flor lírica de esos ro-

mances, la nota melancólica, de resignación sin esperanza, pero de emoción aguda, distingue a los cantos populares del Maule de los del resto de Chile y se comunica inconscientemente a los poetas cultos, hijos de la región.

¶ Jorge González, Armando Ulloa y Carlos Acuña, por ejemplo, al evocar los paisajes del Maule, senderos rojos que ciñen los cerros o pompa blanca del peral en primavera o trágica miseria del rancho empobrecido, han hecho de la tierra en agonía casi un símbolo de Chile entero.

¶ Y en otros menos líricos, Pablo de Rokha y Eusebio Ibar, el descontento latente del maulino se ha hecho revolucionaria modalidad estética o humorístico desdén ante el maulino actual, huaso cazurro y pequeño, siempre a la defensiva.

¶ Tan hondamente el verdadero maulino siente el alma agreste de la tierra nativa, que Francisco Contreras, hijo de Quirihue, escribe en París, y en francés, su "Montaña Embrujada" y su "Aldea Maravillosa", estilizando las costumbres campesinas y las supersticiones semiindígenas del valle del Lonquén, al sur del Maule.